

Silvia Herreros de Tejada

La mano  
izquierda  
de Peter Pan



e  
ESPASA

## Índice

Portada

Citas

PRIMERA PARTE: LA MANO DERECHA

SEMANA CERO. DAVID

SEMANA CERO. MOIRA

1916-1918. CYNTHIA

NOTAS PARA LA CHARLA DE MOIRA ANN FITZGERALD EN LA BIBLIOTECA BEINECKE

SEMANA UNO. DAVID

SEMANA UNO. MOIRA

1918. CYNTHIA

TEST: EL SÍNDROME DE PETER PAN. REALIZADO POR DAVID J. PRIOR EN LA BIBLIOTECA BEINECKE DE LA UNIVERSIDAD DE YALE

SEMANA DOS. DAVID

SEMANA DOS. MOIRA

1918-1919. CYNTHIA

RESEÑA DE LA CHARLA DE MOIRA ANN FITZGERALD

SEMANA TRES. DAVID

SEMANA TRES. MOIRA

CARTA DE J. M. BARRIE A CYNTHIA ASQUITH

1919-1920. CYNTHIA

SEMANA CUATRO. MOIRA

1920-1921. CYNTHIA

RECORTE DE PERIÓDICO THE EVENING STANDARD

SEMANA CUATRO. DAVID

ABSTRACT DE MOIRA ANN FITZGERALD, DE LA UNIVERSIDAD DE BERKELEY, CALIFORNIA, PRESENTADO AL CONGRESO «150 AÑOS DE J. M. BARRIE»

ABSTRACT DE DAVID J. PRIOR, DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, PRESENTADO AL CONGRESO «150 AÑOS DE J. M. BARRIE»

EMAIL

SEGUNDA PARTE. LA MANO IZQUIERDA

1921. CYNTHIA

SEMANA CINCO. MOIRA

SEMANA CINCO. DAVID

1921-1922. CYNTHIA

SEMANA CINCO. MOIRA

SEMANA CINCO. DAVID

CONGRESO 150 AÑOS DE JAMES MATTHEW BARRIE

1922. CYNTHIA

SEMANA SEIS. MOIRA

1927. CYNTHIA

SEMANA SEIS. DAVID

1927-1933. CYNTHIA

SEMANA SEIS. DAVID

SEMANA SEIS. MOIRA

CARTA DE J. M. BARRIE A CYNTHIA ASQUITH

1935-1936. CYNTHIA

SEMANA SIETE. MOIRA

SEMANA SIETE. DAVID

1937. CYNTHIA

SEMANA SIETE. DAVID

1937. CYNTHIA

EXTRACTOS DEL TESTAMENTO DE JAMES MATTHEW BARRIE, FIRMADO EL 14 DE JUNIO DE 1937

SEMANA SIETE. MOIRA

SEMANA SIETE. DAVID  
UN APUNTE DE ÚLTIMA HORA O NOTA DE LA AUTORA  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Lógicamente, por la mano izquierda  
bajan pensamientos mucho más siniestros.

JAMES MATTHEW BARRIE,  
*Para los cinco, una dedicatoria.*

Soy una persona distinta según con quién esté,  
y nadie en absoluto cuando estoy sola.

CYNTHIA ASQUITH,  
*La casa de la primavera.*

## PRIMERA PARTE

### La mano derecha

## SEMANA CERO

### DAVID

A David, los aeropuertos le provocaban zozobra. Las tramas inimaginables de las vidas ajenas, la voz en *off* constante, el aire opaco —compuesto de pachulí, exsalas de fumadores, cafés de franquicia, anhelos sofisticados de *duty-free*—, las listas que enumeraba en su cabeza. Infinidad de lugares a los que no había ido y le gustaría ir, infinidad de tareas vitales aún pendientes.

A través de las cristaleras, se veía una mañana clara de invierno, y las limpiadoras terminaban de quitar las guirnaldas rezagadas que, tras sus días de alborozo y *adeste fideles*, ya hoy carecían de sentido. Los aeropuertos eran zonas de *stand-by*, en el más amplio sentido de la palabra. ¿Se podría escribir un artículo al respecto? David sacó un cuaderno Moleskine de la bolsa de tela que siempre llevaba consigo. Se la había traído su exnovia, la periodista, de... ¿Fráncfort, era? Daba igual. Pasó las páginas hasta llegar a la encabezada con «ideas». Se dispuso a escribir, pero un aliento de desidia le quitó las ganas, de repente. ¿Para qué otra línea sin continuación? La voz del altavoz pareció contestarle. Primero, la mujer: «Por favor, tengan cuidado con sus objetos personales»; después, el hombre: «*Please, take care of your personal belongings*». David había organizado este viaje para crear, para hacer *algo*. Así que apuntó, con

su letra fea y angulosa, «El aeropuerto como no-lugar: nuevos mundos paralelos del siglo XXI», cerró el cuaderno y alzó la vista orgulloso. O, al menos —pensó David—, eso habría parecido desde los ojos de otro.

De hecho, estaba deseando que otro le preguntara por su futuro paradero. Ojalá le tocara un compañero de vuelo con ganas de conversación. Una dama misteriosa, por ejemplo, que le preguntara: «¿Vuela usted a Nueva York, o después sigue camino?». Él, como si nada, contestaría: «Pues veré, me dirijo a New Haven, a la Universidad de Yale, cuna de la intelectualidad mundial». «Oh, qué interesante», diría, quizá, un hombre norteamericano con parche. «¿Y qué va a hacer allí?». «He recibido una beca de investigación, la Marjorie G. Wynne Fellowship for English Literature». Con la mejor de las suertes, una joven dulce, ávida de aventuras (a quien él, muy probablemente, le parecería un señor), exclamaría: «¡Es usted escritor!», a lo que David, sin tratar de emocionarse en exceso, contestaría: «Bueno, en realidad, voy en calidad de académico. Busco un tema para el congreso en Escocia que celebra este verano los ciento cincuenta años del autor James Matthew Barrie. Resulta que soy especialista en él» y carraspearía ligeramente, sin darse excesiva importancia.

«¿James Matthew Barrie...?», preguntarían tanto la dama misteriosa, como el hombre con parche, como la joven dulce, arrastrando el nombre con un ligero siseo mientras trataban de buscarlo en algún recoveco de sus mentes para poco después negar con la cabeza. Entonces, en este punto de la conversación, David trataría de no exhibir su ostracismo antes de contestar que el tal James Matthew Barrie era el autor de *Peter Pan*, y que en una de las bibliotecas de Yale se conservaban sus manuscritos originales.

En Madrid, la gente que rodeaba a David era experta en interrogarle sobre sus otras actividades vinculadas a la

docencia universitaria; seguramente porque no tenían temas de conversación y no porque fueran unos imbéciles, como solía pensar él. Así pues, dada su experiencia en bodas, bautizos, comuniones y fiestas varias, David sabía que las opciones de respuesta ante las palabras «Peter» y «Pan» se reducían a (una) «¡Me encanta el personaje de Disney!»; (dos) «Uf, yo tuve y/o tengo una pareja con síndrome de Peter Pan» más los detalles íntimos de dicha historia de amor; (tres) «Había una película en la que Johnny Depp se hacía amigo de unos niños en un parque, ¿no?»; y (cuatro, el remate) «Pero ¿por qué estudias algo tan innecesario? ¿Con eso se gana dinero?».

—Pues claro, muchísimo —contestaba David de vez en cuando.

—¿En serio? —respondía con tono apático un tío, primo o equivalente, casi siempre de género masculino.

—Ni te lo imaginas.

Los rostros descreídos e insolentes de sus convencionales familiares.

Pero, por fin, el otro día, en la Nochebuena organizada por su madre, había tenido su momento de gloria. En los brindis de champán con turrón había pedido un instante de silencio para anunciar algo importantísimo. Todos se habían callado expectantes, pensando en noticias tipo boda o similar. David había hecho una larguísima pausa dramática a propósito, para fomentar sus cuchicheos. Y después, cuando la creciente tensión en el ambiente ya lo merecía, había explicado que quizá se sorprenderían al saber que su sobrino, hermano, cuñado —el loco de Peter Pan, sí— había recibido una de las becas de investigación más exclusivas del planeta. Y ellos habían exclamado «¡oh!» y «¡ah!» y «¡enhorabuena!».

En el *duty-free*, David se roció con un perfume carísimo de Dolce & Gabbana y se mareó ligeramente con la fragan-

cia, la de un impostor. Caminó con paso firme hacia la puerta de embarque C53 del aeropuerto de Barajas, mirando a los ojos a cualquiera que se cruzara con él. Nadie sabía quién era Barrie, igual que nadie sabía quién era David. Pero eso iba a cambiar muy pronto.

Una vez en su asiento, sin compañero de viaje alguno, contempló la ciudad por la ventanilla del avión. Primero, en tierra, a tamaño real; luego, ya en el aire, como una maqueta de museo; finalmente, entre las nubes, poco más que una fruslería: tan minúscula que Madrid entera le cabía en un puño cerrado. Se sintió tan poderoso como cuando había marchado a la universidad de Edimburgo —ante la oposición de su padre, evidentemente— para estudiar un máster en literatura comparada. Dos años, para su madre, tan profética ella, como de «mundo paralelo». «Pues claro que estás contento, no te fastidia —le decía cuando hablaban por teléfono, una vez al mes—. Estar en el extranjero es vivir otra vida que, en realidad, no es la tuya». De eso nada, pensaba David: esos dos años, de hecho, habían supuesto lo que tendría que ser su vida: una vorágine de intelectualidad, bohemia, ímpetu y tormenta, igual que en el Sturm und Drang alemán, como decía su mejor amigo de la época, Rudi. Ahora que iba a estar un mes en Estados Unidos, debería localizarle. Sabía que vivía en algún sitio cercano a Nueva York. Se emocionó ante la perspectiva de contarle a Rudi su incipiente estructura circular. En Edimburgo había comenzado a estudiar a Barrie. Se había doctorado en Madrid. Ahora iba a culminar su investigación en Yale... E iba a terminar volviendo a Edimburgo en verano para declararse como uno de los expertos mundiales en el autor: su nombre coronando el libro del congreso. Rudi, académico también, sin duda entendería la felicidad, la fantástica armonía del círculo perfecto. Y tras la cena con vino —había que aprovechar la barra libre del vuelo transatlánti-

co—, David se tomó tres, ¿o fueron cuatro?, *gin-tonics* en vaso de plástico para celebrarlo.

«*Twenty minutes, prepare for landing*». A las ocho y pico de la mañana, le despertó la insoportable voz aflautada. Abrió los ojos y los tuvo que cerrar de sopetón, incapaz de lidiar con la luz refulgente que entraba por la ventanilla del avión. Dolor de cabeza. Malestar general. Culpa. Sudor frío. Náuseas. Contrición. Desembarcar en la Universidad de Yale podrido por la resaca no era el plan. David se incorporó con esfuerzo de su acrobática postura sobre los dos asientos y consiguió arrastrarse hasta el baño. Miró su reflejo asqueado. Tenía el pelo negro pegado en la frente, ojos de zombi, los labios agrietados. Anoche, ni siquiera se había lavado los dientes. Y ahora tampoco iba a poder hacerlo porque la azafata le sacó del baño prácticamente a empujones para redirigirle a su asiento.

—Abróchese el cinturón, por favor.

Ya en tierra, tras superar los obstáculos del control de pasaportes donde le tocó una señora policía simpatiquísima —«*Oh, really? A literature fellowship at Yale of all places, how nice!*»— y encontrar su maleta en el mareante cinturón de equipajes, David se sintió incapaz de discernir una ruta de metro que le llevara a la estación de tren, así que decidió salir al exterior y permitirse el lujo de coger un taxi. Era divertido coger un taxi en Nueva York. Los taxis se movían en línea recta, como el comecocos. Rumbo arriba o rumbo abajo, izquierda o derecha. Uno se sentía *alguien* cogiendo un taxi en Nueva York; sobre todo, cuando la próxima parada de tu vida era Yale.

David había estado en Nueva York dos veces. La primera, de niño, cuando a sus padres, bastante después de separarse, les había dado por hacer unos cuantos viajes de

reconciliación. En su cuerpo de doce años, le parecía que los edificios lo comían; le angustiaba mirar el cielo y que quedara tan lejano. En aquellos días, se había sentido afortunado de vivir en Madrid. Tampoco recordaba mucho más de la ciudad: a su madre agarrada a la mano de su padre y prácticamente corriendo detrás, mientras el hombre esquivaba, impaciente, las multitudes de la Quinta Avenida. A su hermano y a él, siguiéndolos, malhumorados. David explicándole a Juan una teoría elaboradísima cuya conclusión era que, claramente, estos viajes de familia feliz eran un paripé como otro cualquiera. ¿Acaso alguien lo estaba pasando bien? No, ¿verdad? Pues ya está. Papá, claramente, no iba a volver a casa nunca. Y así fue.

Acordarse ahora de su escepticismo le encogía el corazón. ¿Habría cambiado algo si hubiese tenido fe? ¿Si hubiese creído, mínimamente, en el esfuerzo de sus padres? Muchos años después de ese primer viaje, había descubierto otro Nueva York: Williamsburg, la zona del Village, los rincones de los escritores. Y aquella vez, le había angustiado la bohemia, más que la inmensidad.

David, aún con resaca, bajó la ventana del taxi para sentir el aire cortante y ruidoso en la cara, el estruendo y la luminosidad de la gran ciudad. Al desobstruir su cerebro ligeramente, consiguió volver a regodearse en su hazaña: no era nada fácil dejar las clases en pleno curso y desaparecer del todo, aunque solo fueran cuatro semanas. De hecho, se lamentó de haber roto con la periodista hacía ya un par de años. Ahora mismo, le habría encantado tener una novia — ella, o cualquiera, en realidad— a quien llamar por teléfono y contarle cada pequeño paso hacia su gran aventura.

En el tren Metronorth, por ejemplo, le habría dicho que el paisaje no era especialmente bonito. En la estación, que al bajarse había sentido la vibración de lo desconocido. Que el parque New Haven Green era un oasis esplendoroso.

so entre calles grises. Que de camino a la residencia —en Elm Street, como la pesadilla— se erigía una iglesia de nuevos-cristianos-renacidos-y-en-proceso-de-redención con una hilera de flamencos rosas de madera en la entrada, sus huellas sobre la nieve. («Como los flamencos que sobrevuelan las lagunas de Nunca Jamás», le habría dicho, literalmente, a la hipotética novia). Que The Graduate Club poseía una fachada blanca de madera con una gran bandera estadounidense. Que al hacer el *check-in* en recepción había pedido si, por favor, le podían dar otra habitación que no fuera la número 40.

—Imposible.

—Vaya, qué pena. Es una manía personal...

La razón de esta manía no se la habría contado a la hipotética novia.

Nada más entrar en la habitación, David se tomó un ibuprofeno y luego se dispuso a ducharse, tratando de ahuyentar los remordimientos de la resaca. La estancia de investigación como tal empezaba el lunes, 11 de enero: hoy era viernes y a las tres de la tarde tenía una reunión para conocer a la gente de la biblioteca y que le explicaran la dinámica, las herramientas de búsqueda. Después, se iba a tirar hasta el lunes sin beber una gota de alcohol. Un poco de purificación física y mental. Entre las Navidades y la noche en el avión, se había transformado en una especie de ser semicatatónico, desmerecedor del gran momento que se avecinaba. Por suerte, siempre tenía la excusa del *jet lag*. Y el atuendo, de vaqueros oscuros, camisa azul maren-go, blazer (y gafas de sol, de momento) era impecable: de profesor europeo a punto de emprender una investigación que cambiaría su vida.

Dudó entre dos canciones de Radiohead como banda sonora del clip vital «Destino a la Biblioteca Beinecke» y se decidió, finalmente, por el silencio. Para no tentar a su dolor de cabeza. Sus ojos, aún hinchados, recorrieron la ciudad por la que le guiaba Google Maps: un café orgánico, una tienda de pulseras, una pizzería, un restaurante vietnamita con fotos de sopas poco apetitosas, una papelería con material de Yale, mucho niño pijo y algún que otro mendigo tratando de conseguir una moneda, o vender una rosa... Un edificio majestuoso de aspecto gótico, a la europea; gárgolas de monjes leyendo, sus sombras proyectadas sobre las vidrieras de colores.

Tras la siguiente esquina, David vislumbraría la Biblioteca Beinecke por primera vez. El hogar de los manuscritos de Barrie. Se sintió dramático de más al anticipar tanto el momento, pero se escuchó a sí mismo dándose explicaciones: «Soy profesor de literatura, estoy en una de las mejores universidades del mundo, es una experiencia única en mi vida. Estaré en el congreso. Se lo debo a Barrie, me lo debo a mí. Joder, no pasa nada por emocionarse con ciertos acontecimientos, ¿no?». Dobló la esquina.

David se sorprendió al toparse con un edificio de cristal, cuadrado y moderno, situado en un patio liviano. Junto a la puerta, una inscripción de piedra: BEINECKE RARE BOOK AND MANUSCRIPT LIBRARY. Acarició las letras. Sintió una felicidad adolescente, un ansia casi sexual de tocar y sentir cada libro. Hizo una foto para demorar el momento de entrar. Quiso enviarla, compartir su euforia, que alguien se sintiera orgulloso de él. En los últimos siete meses, desde que su último compañero de piso le había abandonado para irse a vivir en pareja, David se había repartido entre las casas de su hermano (quince días), su padre y su mujer (un mes), un amigo (tres semanas), su madre (cinco meses, y lo que quedara). A su madre, la foto del edificio tal cual no le